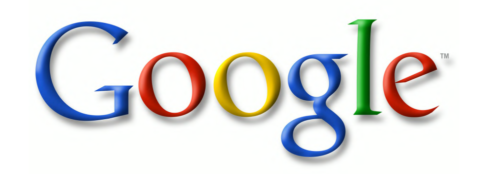
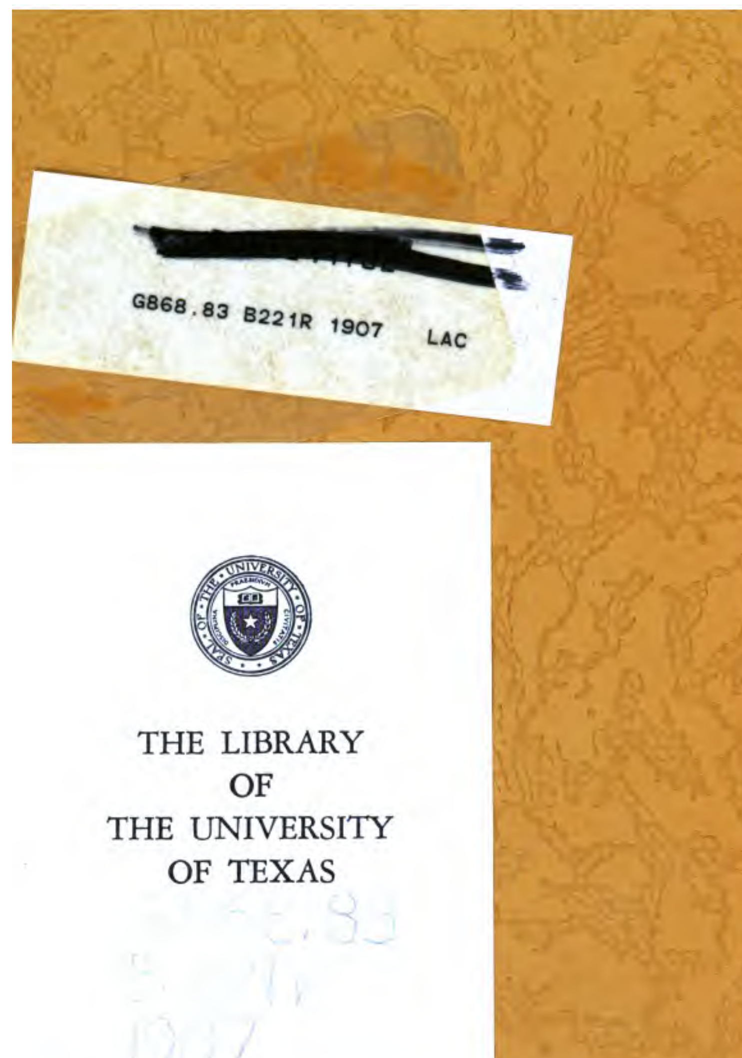
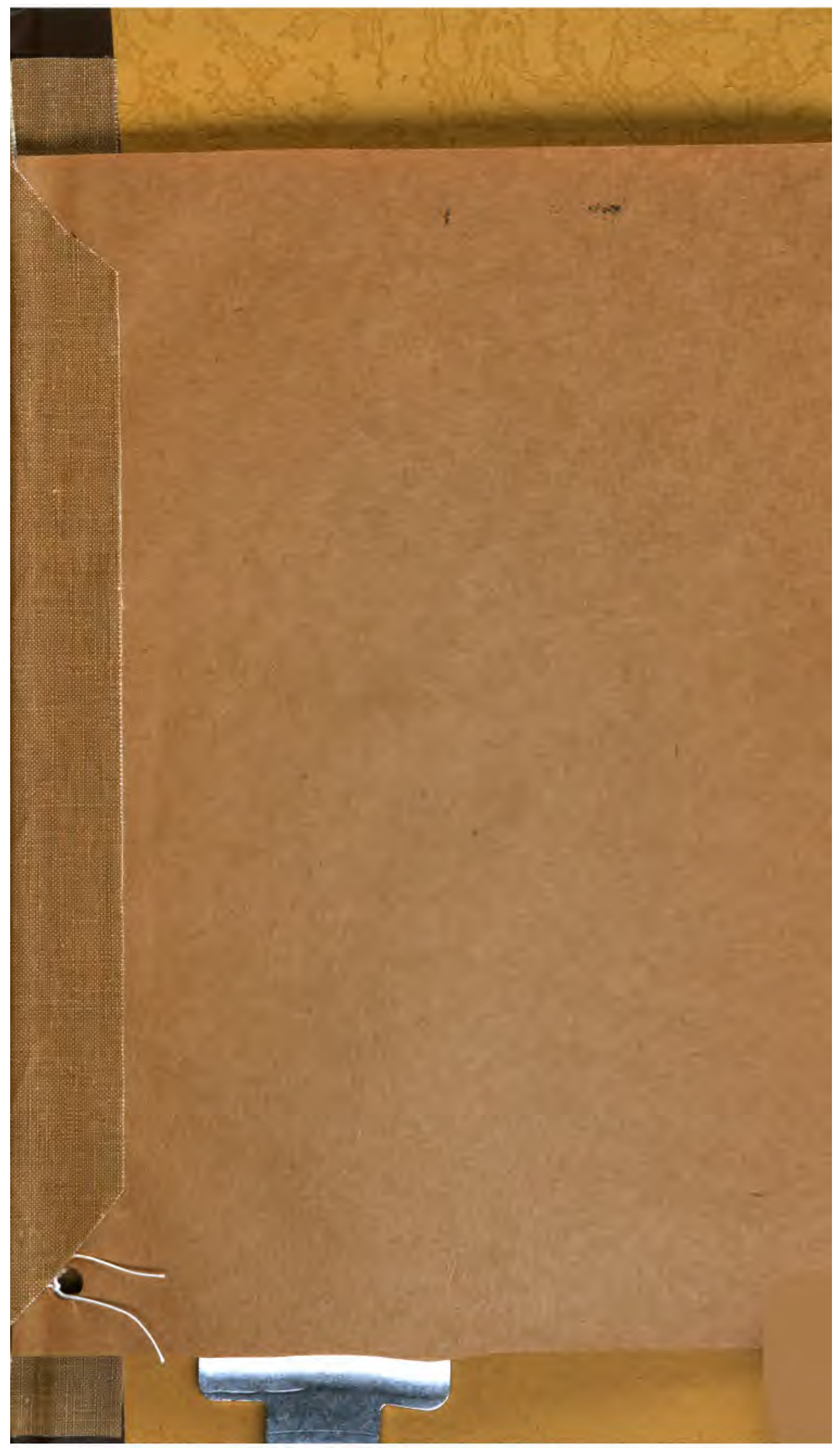
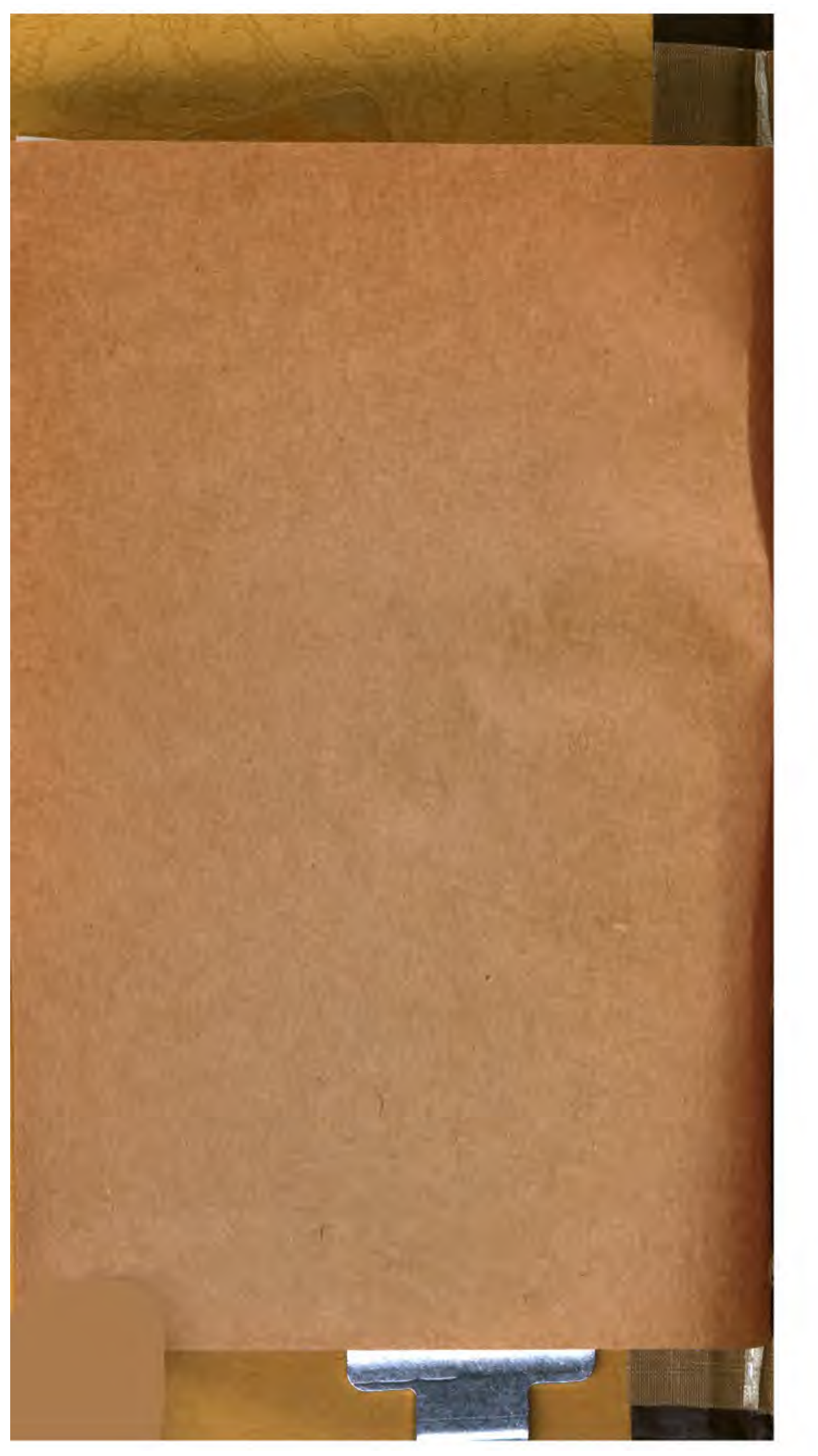


Bañados Honorato, Guillermo M
El ramo de violetas.









EL RAMO DE VIOLETAS

POR

Guillermo de Aconcagua

(SEGUNDA EDICION)



IMPRENTA FRANKLIN
1907
VALPARAISO



EL RAMO DE VIOLETAS

POR

GUILLERMO DE A.



IMPRENTA FRANKLIN

VALPARAISO

PLAYA ANCHA — Cintura, 35

1907



EL RAMO DE VIOLETAS

POR

GUILLERMO DE A.

I

Era una encantadora noche del mes de Noviembre; la luna trasmontando los empinados Andes lanzaba su suave luz sobre la tierra; una dulce brisa acariciaba suavemente los árboles i flores que adornan i perfuman el parque sanfelipeño, por cuyas elegantes avenidas tomaba el aire fresco de la noche una numerosa i selecta concurrencia. Contribuia a dar mas amenidad al paseo las variadas tocatas que ejecutaba una banda de músicos.

Despues de dar algunas vueltas al rededor de la pila conversando con mi amigo Julio a quien no veia desde algun tiempo, fuimos a sentarnos en un sofá en el que descansaba un caballero, una señora i una jóven que parecia sufrir de alguna grave dolencia, pues así lo demostraba su pálido semblante, i a los cuales mi amigo saludó ceremoniosamente.

Cuando las personas a que nos hemos referido se retiraban, movido por cierta curiosidad e interes que me habia despertado la figura de esa jóven, pregunté a Julio:

—¿Quién es ella?

—Aurora Garcia, me contestó mi amigo con tembloroso acento.

—Aurora Garcia? repetí maquinalmente; pues es estraño que no la haya conocido cuando es una de las beldades de que su enorgullece nuestro pueblo; i el corto tiempo a que no la veo no es suficiente para desconocerla ¿qué causa ha podido marchitar tan rápidamente a tan hermosa flor?

—Te engañas! replicó mi amigo con calor—Aurora es siempre la mas linda de las mujeres sanfelipeñas; ninguna tiene un cuerpo mas jentil i airoso que el suyo; unos ojos cuyas miradas brillan i queman como el rayo; una frente mas pura i tersa que los pétalosde la rosa i en su conjunto un no sé qué de aéreo, atrayente que se adueña de cuantos corazones le conocen ¡Oh el amor de esa mujer debe ser la suprema felicidad!

—Estoi conforme en todo lo que dices, pero no me puedes negar que esa jóven sufre, que hai en su alma una afeccion profunda; i que para mi tiene caracteres de mucha gravedad dado el modo de ser de esa jóven.

—No te negaré que hai algo de lo que tú dices, mas es pasajero; pues estoi al cabo de la tristeza de esa jóven. Es un caso como muchos que pasará luego, volviendo la alegria a ese rostro hechicero para hacer la felicidad eterna de un hombre que muere por ella, i que la ama como nadie puede amarla en el mundo.

—Si no es una indiscrecion, te agradeceria me dieras a conocer la causa de la tristeza de Aurora.

Meditó Julio un momento ántes de contestarme:

—Si así lo quieres nada es mas fácil. Pon atencion.

II

A principios del año en curso vino a establecerse en San Felipe, Gabriel C., jóven comerciante de Concepcion. A los pocos dias de su llegada habiendo visto a Aurora en este mismo paseo, quedó prendado de su hermosura i jentileza i desde esa noche fué su constante anhelo buscar una ocasion de llegar a su casa i manifestarle su amor.

Esta no se hizo esperar mucho.

Una tranquila tarde de invierno en que Aurora, acompañada de su anciano padre, habia salido a dar un paseo a caballo por las cercanias del Peñon, espantóse el animal, que montaba el anciano al pasar el puente del Aconcagua i de un gran salto se lanzó al medio de las turbulentas aguas del rio

La jóven dió un grito desgarrador i dejándose caer de su cabalgadura intentó arrojarse tras de su padre que era arrastrado por la corriente, pero las fuerzas le faltaron i cayó desmayada.

No sucedió otro tanto a un jóven que en ese momento cruzaba el puente i que, rápido como el pensamiento i sin despojarse de sus ropas, se precipitó al rio en socorro del anciano

Con un valor i un vigor sobrehumano, nadó hasta alcanzar al náufrago i arrastrarlo hasta la orilla donde lo depositó sano i salvo.

El jóven era Gabriel.

Tan heróica accion le valió, como era natural, las simpatías jenerales de los sanfelipeños i se abrieron para él los mas aristocráticos salones.

Don Pablo García, el padre de Aurora, en manifestacion de agradecimiento i gratitud a Gabriel, lo llevó a su casa i dió diversas fiestas en su honor i a las que concurrieron las mas lindas hijas de Aconcagua.

La figura simpática i elegante de Gabriel, su trato fino i distinguido i los rasgos francos i enérjicos de su fisonomía contribuyeron poderosamente para que las simpatías despertadas por su jenerosa accion, se convirtiesen en un cariño i deferencia especial para el jóven que empezó a ser considerado como un excelente partido.

Sin embargo, se pudo observar desde los primeros momentos que todas sus atenciones las dirijia a Aurora i que ésta correspondia con agrado a ellas.

Aurora se sentia arrastrada hácia el jóven por un sentimiento hasta entónces desconocido para ella i que habia nacido desde el dia en que salvó a su padre. Cosa estraña

que le ocurrió ese dia fué que al manifestar a Gabriel su gratitud, una emocion desconocida la embargó; su garganta se negó a dejar escapar ningun sonido i alargó su mano temblorosa al jóven que, no menos conmovido, la llevó con respeto a sus labios.

Este ósculo fué sin duda alguna el lazo de un amor puro i eterno, que debia unir estos dos bellos corazones.

III

Semanas despues de los hechos precedentes, seguro ya Gabriel de que su amor era correspondido por Aurora como asi mismo de la estimacion verdadera que le profesaban sus padres, la solicitó en matrimonio, pidiendo un plazo de tres meses para la celebracion de la boda.

La familia entera recibió con regocijo la peticion de Gabriel i, al cabo de sus antecedentes honorables, no hubo por qué hacer misterio de ello; así es que en breve todo San Felipe sabia el compromiso de los jóvenes.

Mientras se hacian los preparativos para la boda que prometia ser réjia, al ménos tal era el deseo de don Pablo, Gabriel partió a Concepcion a realizar algunos negocios para establecerse definitivamente en San Felipe.

A los ocho dias de su partida recibió don Pablo en una carta sin firma procedente de Concepcion un recorte de diario que decia lo siguiente:

«Ayer se unió en matrimonio la gallarda señorita Isabel U. al distinguido comerciante don Gabriel C. Fueron padrinos los señores...... Se nos asegura que la hermosa pareja partirá para Rio Janeiro en el vapor que sale esta tarde para Europa».

La lectura de este párrafo continuó Julio parándose para despedirse, cayó como una bomba en la familia, i eso es lo que tiene afectado el ánimo de Aurora, pero no dudes que su salud se restablecerá pronto i que volverá a ser la reina por su gracia i belleza. Don Pablo ha sufrido tambien mu-

cho i creo aun ha jurado que si alguna vez encuentra a Gabriel lo matará.

Como de estos sucesos hace apenas un par de meses, hai motivo para que esté palpitante i sea el tema de las conversaciones diarias; pero luego caerá sobre ello el olvido.

Todo esto último me lo dijo Julio con un acento particular que llamó mucho mi atencion i mas aun cuando, dándome la mano rápidamente, se alejó como tratando de ocultar una emocion que le embargaba.

IV

Algunos dias despues de esta conversacion, me alejé de San Felipe así que ya no volví a tener mas noticias de la famia García hasta muchos meses despues debido a una rara casualidad.

Encontrábame en Caldera paseando por el muelle de pasajeros, cuando reconocí en un pálido oficial de infanteria que desembarcaba del vapor «Ayacucho» llegado de Valparaiso a mi amigo Julio.

Salí a su encuentro, nos saludamos efusivamente, i nos encaminamos al Hotel América en donde habia resuelto hospedarse por la noche para seguir viaje al dia siguiente a Copiapó a donde iba por asuntos del servicio militar.

Mientras encaminábamos pude observar que mi amigo habia cambiado mucho física i moralmente. Su semblante que en otros tiempos pudo considerarse hermoso ya no lo era: su cabello habia encanecido mucho, la frente aparecia surcada de arrugas, seguros indicios de una vejez prematura; i lo que desfiguraba mas su cara era una profunda cicatriz en la mejilla izquierda que le hacia aparecer el rostro como torcido para ese lado.

Sus ojos apagados i hundidos tenian de vez en cuando un brillo estraño i siniestro que molestaba.

Brevemente me dijo que hacia seis meses habia ingresado al Ejército i que se dirijia al norte a formar parte de las

tropas que operaban sobre Lima, llevando algunos voluntarios de Copiapó para el bizarro rejimiento Atacama.

Una vez en el hotel se encerró en su pieza i pasó sin salir hasta la hora de comer. En la mesa se portó mui serio i poco comunicativo; pero a los postres su semblante cambió un poco i un tanto mas animado me convidaba a dar un paseo por la ciudad. Conversando distraidamente sobre cosas indiferentes, nos fuimos alejando del puerto en direccion a Calderilla, pequeña caleta situada al sur, sorprendiéndonos la noche.

Varias veces signifiqué a mi amigo la conveniencia de regresarnos, pues la noche se manifestaba fria i nebulosa, pero Julio no me contestó; i siguió avanzando hacia un sitio de la playa en que rompia el mar con violencia, al mismo tiempo que murmuraba palabras inintelijibles.

Vivamente inquieto, le llamé con fuerza, pero mi amigo por toda contestacion hechó a correr en la direccion indicada i esclamando:

—¡Maldicion!... ¿eres tú otra vez?... ¡Ahora no te escaparás! i desnudando su espada arremetió con furia terrible contra algo que para mí no existia; sin embargo Julio se batia lo mismo que si tuviese uno o muchos enemigos a su frente. Tiraba tajos i estocadas a diestra i siniestra, paraba, retrocedia, avanzaba con rapidez maravillosa.

Sus ojos despedian un brillo siniestro i estraño semejante al de las fieras, sus labios estaban cubiertos de espuma i todo su cuerpo se estremecia con un temblor nervioso lo que hacia que sus movimientos fuesen mas estraños i horribles.

Al cabo de unos cuantos minutos que se me hicieron siglos de esta lucha espantosa contra enemigos invisibles, Julio dió un grito horrible, soltó la espada i cayó al suelo como herido por un rayo.

Corrí en su socorro, temiendo un accidente fatal, pero mi amigo al acercarme se puso en pié de un salto i recojiendo su espada me dijo con ese acento estraño que ya le habia oido:

—Volvámonos!

—Que delirio tan espantoso has tenido!—le dije casi instintivamente.

—¿Delirio? murmuró Julio con un acento mas terrible, ¿delirio? i no es la primera vez que me sucede lo mismo.

—Pero..........

—¡Volvámos! i allá hablaremos!

V

Media hora despues llegábamos al hotel; Julio abrió una de las ventanas de su alojamiento que dá vista al océano i acercando un asiento me dijo con una voz un tanto mas tranquila.

—¿Que te parece la aventura?

—Terrible i singular, le respondí-

—I ¿que diria si esta fuese la tercera vez que me sucede una cosa semejante con ese hombre maldito.

—Que hai en ello mucho de sobre natural.

—Lo mismo creo yo, sin embargo........

—¿Dudas?

Yo no dudo i ¿como habia de hacer tal, cuando ya tres veces me he revolcado en medio de las agonias de las muerte para levantarme bueno a los pocos minutos? Lo único que alego es que yo solo soi el causante de lo que me sucede. ¡Ah! esta es la palidéz que cubre mi semblante, esta es la dolencia que lentamente me consume i que me llevará a la tumba!

—No te comprendo.

—Tienes razon; esta es una historia i que te voi a referir, no porque te interese sino porque deseo desahogar mi corazon, dar una tregua a mis dolores o verter una lágrima que lleve una ráfaga de aire que apacigüe un instante la llama que devora mi alma ¡esta alma que tanto amó!

—Bien! cuéntame tu historia i despues háblame de nues-

tro querido San Felipe i en particular de aquella hermosa jóven que vimos enferma

—¡Ah! de Aurora? si, de ella te voi hablar! su historia es la mia! Aurora fué i es aun la causa de todas mis desdichas!

—Mientes, insensato! dijo en ese instante una voz; i la sombra de un hombre embozado pasó por nuestro frente i se perdió entre las ondas de la noche.

Julio, pareciendo contestar una pregunta imajinaria agregó:

—Es cierto! yo solo soi el culpable de todas mis desgracias, fué mi loca pasion la que desgarró dos almas que habian nacido para amarse, la que tronchó dos lirios que eran el orgullo de valle i el encanto de los céfiros, la que hizo volver a su celeste morada a dos ánjeles que le habian destinado un instante su vuelo sobre la tiera, ¡dos ánjeles que se llamaron Aurora i Gabriel! i que hoi gozan de esa sublime paz que solo disfrutan los que están al lado del Omnipotente!

¡Ah, cuán grande es mi infortunio! i mientra ellos son felices yo, miserable de mí ¡tengo un infierno en el corazon, mi pecho es un volcan que atiza Satanás, i en el que se revuelven las mas desordenadas pasiones, con los mas atroces remordimientos!

Mi amigo como abrumado por los recuerdos ocultó el rostro entre sus manos i permaneció largo rato en silencio. Cuando concluyó su meditacion levantó su frente i mirándome con fijeza, me dijo tranquilamente:

—Te he prometido referirte mi historia la de Aurora que es una misma, pues bien, voi a hacerlo, pero antes te ruego no me interrumpas, ni reproches mis actos, porque aumentarias mis dolores.

—Te lo prometo, le contesté, disponiéndome a escuchar. Julio encendiendo un esquisito habano empezó así:

VI

Una profunda melancolía se apoderó del ánimo de Aurora cuando leyó el suelto que daba cuenta del desposorio de Gabriel. Perdió su jovialidad i su natural alegria i los hermosos colores que constantemente teñian de rosas su bello rostro, se cambiaron por una palides mortal. Fué en esta época cuando la vistes pasearse pálida i triste como la flor que inclina su hermosa frente al soplo del huracán; i fué tambien en esta época cuando un hombre que la adoraba con todo su corazon, un hombre que por ella lo habia arrostrado todo, le declaró su amor i la solicitó para esposa.

Ella, al oir tal solicitud, se animó, lijeramente i le dijo a ese hombre con un acento dulce i melancólico que penetraba hasta lo mas íntimo del alma.

—Mi corazon pertenece a Gabriel i solamente por él late. Nunca amaré a nadie mas.

—Alabo la nobleza de vuestra alma, mas con un infame como ese que tan vilmente os ha engañado, es un crímen hasta conservar un recuerdo de su existencia. Aurora, yo os amo con delirio; mi vida, porvenir i cuanto poseo os pertenece, amadme, consentid en ser mi esposa.........

—Callad os lo ruego, me haceis mucho mal con vuestras palabras. Ya os he dicho que Gabriel es el único dueño de mi amor, él solo mora en mi pecho i nadie ocuparà el lugar que en él yo le he dado; i mas, cuando hai en mi un eco que constantemente me dice que Gabriel me adora! ¡Ah! si comprendieses el amor talvez no desgarrases mas mi alma.

—Pero, Aurora, ¿que no veis que vuestra frente se marchita i que os inclinais a la tierra como la cándida azucena abrasada por el ardiente soplo del estio?

I ¿para qué vivir cuando él pertenece a otra? para qué vivir cuando todos un pueblo rie de mi infortunio ¿cuando se me cree culpable sin haber cometido, otro delito que amarlo con toda la fuerza i cinceridad de que es capaz una alma vírjen? ¡Cuán injusto es el mundo!

—Es decir, Aurora.....

—Que podeis iros; ya os he dado mi respuesta. Yo me retiré despechado, porque ese hombre que la solicitaba era yo; que en medio de mi despecho juré que si Aurora no era la esposa de Julio, no lo seria de nadie i mucho ménos de Gabriel i mi juramento se cumplió aquí en la tierra, pero no en el cielo, porque yo lo he visto en sueños, allá en el cielo alegres i felices jurarse amor por una eternidad. Antes de alejarme le mostré una falsa carta de Gabriel, en la que me decia que era mui feliz con su compañera, lo que talves no le habria sucedido con Aurora porqne jamas la amó, i que solo habia galanteado por mero entretenimiento.

Esta fué una nueva, i mas profunda herida abierta en el ya tan lacerado corazon de la jóven; una consuncion violenta se apoderó de ella, i pocos dias despues no daba esperanzas de vida.

En vano se consultaron los mejores facultativos, en vano se le prodigaron los mas solícito cuidados, en vano sus padres con lágrimas en los ojos le suplicaron saliera de San Felipe i viajara, en busca de su perdida salud.

Aurora siempre sumisa i amante con sus padres, esta vez se mostró tenáz en su determinacion de no alejarse de su pueblo natal; i no hubo fuerza que la hiciera cambiar; por otra parte la terrible enfermedad hizo progresos en estremo rápidos en su delicada constitucion que pronto no tuvo fuerza para dejar el lecho.

Una mañana en que, despues de una noche relativamente tranquila, parecia la enferma mui mejor, llamó a su bondadosa madre i le dijo:

Madre querida! anoche he tenido un sueño mui hermoso i del cual no hubiera querido despertar. Soñé que Gabriel habia vuelto, tan amante i cariñoso como ántes; i que me traia todos los atavíos para nuestra boda, que tú i mi papá le recibias con los brazos abiertos i que bendecian nuestra union. Luego una nube de felicidad nos envolvia i

yo i Gabriel nos alejábamos del mundo i nos íbamos a un jardin mui lindo.

Aquí, la enferma hizo una breve pausa i dejando escapar un penoso suspiro continuó:

—¿Que te parece madre mia mi sueño?

—Hija del alma! no hables mas, mira que tus palabras me hacen mucho daño: i ademas agravas tu mal, replicó la aflijida señora llorando desconsoladamente.

—¿Mi enfermedad? si esta vá a concluir mui pronto, no sé porque me parece que ese viaje, es el de mi muerte i lo creo así porque me ciento mui mal. Antes que me olvide voi a pedirte el último favor de los tantos que te debo.

—¡Ah, hija mia! respondió la señora anegada en llanto, ¿que puedes desear? qué puedes pedir que no tenga un placer verdadero en complacerte? bien sabes que diera gustosa mi existencia por prolongar la tuya!

—Si, madre adorada, sé que sois demasiado buena i que yo en estos instantes os desgarro el alma, pero ¿qué quereis? si solo allá donde mora Dios podré ser feliz. El favor que solicito es que coloques en el ataud que encierre mis despojos este ramo de violetas que a su partida me diera Gabriel.

I sacando de un hermoso librito de iglesia un ramo de flores cuidadosamente desecadas lo entregó a su atribulada madre al mismo tiempo que le decía con acento apénas perceptible:

—Si le veis algun dia decidle.... decidle..........

En ese instante se oyó el rápido ruido de un carruaje que paró a la puerta de calle i luego una voz varonil que gritaba:

—¡Aurora!... Aurora! ¿donde estás?

—Al eco de este acento la jóven se estremeció lijeramente, sus mejillas se animaron, sus ojos recobraron ese brillo que fascinaba i haciendo un supremo esfuerzo logró incorporarse i murmurar:

—¡Gabriel!.... ¡Gabriel! ¿eres tú?

—Si, Aurora de mi alma respondió el jóven, desde la habitacion inmediata i dando un violento empellon a la puerta penetró de un salto en la sala de la enferma i fué a caer de rodillas a los pies del lecho, esclamando:

—¡Aurora!... ¡Aurora! mi adorada Aurora cuán desgraciado soi de verte así!... mil veces maldito el hombre miserable que con una vil calumnia te ha arrebatado la vida!... ¿como creer que yo, que te amo mas que mi vida, pudiera engañarte?.... mil veces la muerte.... Las lágrimas ahogaron la voz del jóven que ocultó el rostro entre las manos abrumado por el dolor.

En ese instante penetraba en la alcoba don Pablo, ciego de ira, con el cabello serizado por el furor, llevando una pistola amartillada i gritando con voz descompuesta:

—Infame!... Infame!... aun osas profanar este recinto? no contento con burlarte de esa infeliz, que apénas respira, quiéres amargar hasta su agonia? Pero tu hora ha sonado i no saldras de aquí mientras yo no beba tu sangre!...

Las apostrofaciones del anciano hicieron ponerse de pié a Gabriel que deseoso de dar esplicaciones de su conducta i de exijirlas a su vez pues que solo en la estacion al tiempo de desembarcar, del tren supo la enfermedad de Aurora i de lo que a él se achacaba; se avalanza hácia don Pablo i hace ademan de hablarle.

Ciego de ira i creyéndose agredido, levanta la pistola a la altura del pecho de Gabriel i hace fuego.

Una nube de humo envolvió por un instante al jóven que por un movimiento instintivo alcanzó a esquivar el cuerpo no recibiendo mas que una rosadura en el hombro derecho.

La madre de Aurora que se habia desmayado de la impresion que le causó la llegada de Gabriel, volvió en sí al ruido de la detonacion i precipitándose sobre su esposo le hechó los brazos diciéndole.

—Por piedad Pablo no te hagas asesino, Gabriel debe ser inocente cuando ha venido hasta nosotros!

Al ruido de la detonacion i los gritos cambiados en esta escena, todos los moradores de la casa habian sido atraidos a la alcoba en que se desarrollaba; i en que los hechos se sucedieron con una rapidez mucho mayor que la que hemos empleado en referirla.

Aurora que durante breves instantes habia permanecido como aletargada abrió pesadamente sus ojos i murmuró:

—Ya es tiempo de dar mi último adios; luego partiré:

Hizo seña a Gabriel, que pálido i tembloroso la miraba con amor, i a su madre, que luchaba por contener a su esposo que creia buenamente que acababa de cometer un asesinato, e intentaba poner fin a su vida.

El noble jóven comprendiendo la angustia de aquel padre se le acercó i tomándolo suavemente de un brazo, lo aproximó al lecho de la enferma que imponiéndole silencio con un jesto, les habló de esta manera, mientras una de sus manos oprimía la de su amado.

— Padre mio!.... madre adorada! ha llegado el momento en que debo partir, pero muero tranquila i feliz: Gabriel me ama siempre i es inocente. No creais que él me lo ha dicho, nó: fué otra persona, superior o vosotros i que no se engaña.... mi razon está buena, no dudeis pues de mis palabras.

De los ojos de todos los circunstantes brotaban torrentes de lágrimas; solo los de Gabriel permanecian secos, pero clavados en los de Aurora, parecian reanimarlas i darle fuerza para que continuase.

—Es inocente!—me ama!... ¿porqué padre amado no perdonarle? porqué no bendecir nuestra union?

—Sí, hijos mios, yo os bendigo, prorrumpió el anceano estrechando como pudo a los jóvenes en un brazo i llorando como un niño.

—Yo tambien les doi mi bendicion, repuso la madre sollozando.

La muribunda quiso hablar, pero la voz se apagó en su garganta.

Gabriel, cayendo de rodillas i con los ojos anegados en llanto, murmuró:

—¡Aurora! Aurora vive! ¡vive amada mia!....

En los labios de la jóven se dibujó una dulce i última sonrisa i quedó como aletargada. La luz de sus brillantes ojos se apagó i su alma de ánjel voló a reunirse con sus compañeras en la morada del Eterno.

Al ver estinguirse esa existencia tan querida, Gabriel con relijioso respeto estampó un ósculo de despedida sobre la pura i pálida frente de la jóven i dando un mudo abrazo a los atribulados padres salió de la alcoba murmurando: ¡venganza! cielo!... ¡venganza!

VII

Esa misma tarde llevaron sus restos a la iglesia parroquial; i al dia siguiente, despues de unas solemnes honras a las que asistió lo mas selecto de la sociedad Sanfelipeña, fueron conducidos al cementerio. El cortejo fúnebre no pudo ser mas numeroso i escojido; nadie pronunció un discurso sobre su tumba, pero muchas lágrimas la regaron: el mudo lenguaje del corazon tiene una elocuencia que no posee la palabra.

Al llegar a su casa Gabriel, que habia sido el último en retirarse, encontró una esquela concebida en estos términos:

«Mi amor insensato por Aurora fué la causa de su muerte «i de vuestras desgracias; sin embargo, estoi contento con «mi triunfo, porque la prefiero muerta antes que de otro.

«Sé que me buscais, i para ahorraros tiempo, id mañana «a las cuatro de la madrugada a la quebrada del Peñon. «Llevad testigos i una buena pistola.—Julio.»

Gabriel doblando la carta, se dirijió al escritorio de don Pablo, i despues de saludarlo cortezmente le dijo:

—Vuestra nobleza me obliga a dares la esplicacion de mi conducta antes que me la pidais.

—Hijo mio, contestó el anciano con dulzura, tu dolor que no estimo menos que el mio; i las últimas palabras de mi desgraciada la Aurora me han convencido hasta la evidencia de que eres inocente, aunque hai hechos que hasta el momento son inesplicables; i que hacen aparecer tu conducta mui censurable, porque, sin lugar a dudas, a tu ausencia i a las cosas que de ti se han dicho, se debe la enfermedad i la muerte prematura del anjel de mi hogar. Dame, pues, el doloroso consuelo de tu completa justificación.

—Señor, principió el jóven, cuando me dirijí a Concepcion a realizar mis negocios para venir a radicarme definitivamente a este hermoso pueblo, salió a encontrarme en Chillán mi socio i amigo Julio X para darme la ingrata nueva que mi padre, que reside en la Arjentina, desde varios años, se hallaba gravemente enfermo i deseaba verme antes de morir.

Mi socio anticipándose a mis anhelos de hijo, habia contratado caballos i un buen guia para que yo en el acto pudiese irme a la Arjentina por alguno de los pasos que hai por Antuco o por Lonquimay, ya que mi padre tiene una estancia en el Neuquen, pues es uno de los primeros colonizadores de esa rica i estensa rejion hecha próspera casi en esclusivo por el empuje de los chilenos.

No imagina Ud. la angustia de mi corazon con tan triste noticia. Por un lado mi amor a Aurora que llenaba por entero mi alma i que me impulsaba a que abreviase el tiempo en que debia llevarla ante el altar del Señor para mi completa felicidad, i por otra, mi deber de hijo, mi profundo cariño a mis padres tan buenos, tan abnegados...

Miéntras hacia los preparativos de viaje lloré amargamente, sin que yo mismo pudiera esplicar la honda tristeza que me embargaba todo mi ser.

Escribí a Ud. una larga carta i otra Aurora a en que le participaba la desgracia que me aflijia, que si bien esto podria retrozar un poco la fecha de mi matrimonio, estuviesen seguros de mi sincero afecto i de que solo la muerte podria hacerme faltar al compromiso contraido.

Les decia ademas, que en la rejion adonde iba, los medios de comunicacion eran mui difíciles, pues no habia ni correo, ni telégrafo i que no se estrañasen de mi silencio en algunas semanas, pues el solo viaje me exijia cerca de medio mes de camino.

Estas cartas las di a mi socio para que las pusiese al correo; pero él me dijo que las entregaria personalmente, pues tenia pendiente un viaje próximo a San Felipe.

Al dia siguiente de mi llegada a Chillan salí camino de la Cordillera de los Andes por el paso de Antuco i, a pesar que hice los mayores esfuerzos por acelerar mi viaje, mil i un contratiempos, debido en jeneral a pésimos caminos me exijieron dos semanas de tiempo.

Al llegar al seno de los mios, mi pobre i querido padre estaba en sus últimos momentos. Apénas si pudo reconocerme i darme su bendicion, pues una semana despues entregaba su alma al sueño eterno en medio del desconsuelo de su esposa e hijos.

I como nunca una desgracia viene sola, las penas, los desvelos, atenciones i sacrificios que exije el cuidado de un enfermo que ha estado entre la vida i la muerte mas de dos meses, habian quebrantado la salud de mi querida madre, la que cayó en cama gravemente afectada i durante mas de un mes se luchó desesperadamente por salvarla del terrible mal que minaba su existencia tan querida para nosotros.

En medio de las tribulaciones que me abrumaban i de la forzada enerjia que tenia que demostrar como el hijo mayor de una familia numerosa, para que el ánimo no decayese, era mi único consuelo pensar en mi Aurora i en que mis pesares de hoi tendrian su compensación en la dicha que me ofrendaba su cariño casto i puro como los sueños del niño!

Era mi deseo enviar a Chile un mensajero para noticiarle la muerte de mi padre, de la enfermedad de mi madre i que esto seguramente me obligaria a la prórroga de algunas semanas mas para la verificacion de mi matrimonio.

Precisamente en los dias en que la salud de mi madre

entraba en franca mejoria, tenia yo elejido el mensajero que deberia salir en breves dias mas, cuando llegó uno de Chile enviado por mi socio Julio.

No imajina el gozo que sentí al verlo llegar i con qué ánsias salí a recibir la correspondencia i cuán grande fué mi sorpresa al ver que no traia ninguna carta suya, ni de Aurora.

En esos momentos cruzó por mi mente algo confuso e inesplicable, i del fondo de mi alma subia algo como un grito de angustia que me llamaba i que me incitaba a partir en el acto para Chile.

I crea Ud, señor, que sin la carta falaz de mi socio, yo regreso en el acto i entonces llego a tiempo para salvar la vida de su hija i para salvar tambien la mia que desde hoi no tiene ningun aliciente para mi!

Al llegar, aquí, los sollosos embargaron la voz de Gabriel i durante algunos minutos el i don Pablo derramaron abundantes lágrimas por la memoria del ser querido de que tan temprano, como alevemente, arrebatara la infamia i la calumnia de un mal hombre.

—Si yo sigo la voz de mi alma, continuó Gabriel, es fuera de duda que llegó a tiempo por evitar la catástrofe, pero fuí engañado miserablemente por la carta que voi a leer a Ud.

Al decir asi, sacó de su cartera una carta de puño i letra de Julio i que decía: «Querido amigo i socio:

Aun me asiste la confianza que tu querido padre pueda salvarse i que tú ya te encuentres en los preparativos del regreso i entonces puedes acompañarte del mensajero que es hombre de toda confianza.

Sobre negocios, te diré que conforme a tus deseos los he liquidado totalmente i la parte tuya está depositada en el Banco Nacional de Chile en Santiago, segun certificado que te acompaño i que arroja un saldo a tu favor mucho mas crecido que el que tú calculabas.

Ahora con respecto a lo que se refiere a tus asuntos particulares, te diré que hice entrega personal de tus cartas a don Pablo i Aurora: i ví que les hacian una impresion penosa.

, yo les dijese que no habia correo, ni telégrafo en la
. donde vivian tus padres, les ofrecí avisarles cuando yo
viara un mensajero, para que me remitiesen su correspondencia.

Pocos dias antes de enviar el propio fui a casa de don Pablo a recojer sus cartas i tuve el gusto de ver a toda la familia sin novedad, contentos i tranquilos; hicieron mui buenos recuerdos tuyos; i me dijeron que en la incertidumbre de si estaba o nó de duelo, preferian no escribirte i hacerte saber por mi intermedio de que si por desgracia tu padre habia fallecido. te acompañaba en tu dolor i que como sabian todos las dificultades que sobrevienen con una desgracia como esa, tomasen todos el tiempo que fuera necesario para que dejases a los tuyos en situacion tranquila.

En vista, pues, de estas delicadezas de don Pablo i de Aurora para contigo, te aconsejo que no regreses hasta que no dejes todos tus asuntos en debida forma. Por otra parte si yo supiese o viese algo que pudiera ser motivo de alarma, te mandaré en el acto llamar con un propio.

Descanza en el aprecio de tu amigo.

JULIO.»

Mientras Gabriel leia esta carta, don Pablo murmuraba apretando los puños.

—Que hombre mas infame! que cinismo para mentir! Jamas nos ha entregado ni una línea tuya, al contrario, a los pocos dias de haber recibido ese recorte apócrifo de diario que daba noticia de tu matrimonio i de tu partida para el Brasil, se presentó a nuestra casa para confirmar esa noticia que fue peor que una puñalada que se hubiese dado en el corazon de mi pobre hija.

Precisamente por la presencia de tu socio en mi casa, yo no creí oportuno escribir a Concepcion, para averiguar la verdad de los hechos.

Bien habia estudiado el miserable todo su plan para per-

derte i tratar de adueñarse del afecto de mi pobre hija, pero el cielo tenia dispuestos las cosas de otro modo!.........

—Ya comprendereis, padre mio continuar Gabriel, que, aunque estrañado de no recibir carta suya, ni de Aurora, sintiendo por ello un agudo dolor: sin embargo leyendo i releyendo las palabras de mi socio, llegué a convencerme de que un exeso de delicadeza os habia movido a no escribirme.

El mensajero por varios motivos fúrtiles pero que hoi comprendo eran intencionales, demoró diez dias, en emprender su viaje de regreso.

Ya os escribí una estensa carta i otra a Aurora i en ella les decia que, en dos meses justos a contar de la fecha estaria de regreso, pues queria dejar arreglado los asuntos relativos a la situacion de la familia para no preocuparse mas de ellos, como efectivamente asi lo hice.

Soi sincero en decir que en este tiempo tuve sueños ajitados en que veia a mi Aurora enferma, pálida i triste que me llamaba con insistencia i otros en que os veia a vos padre mio i a vuestra santa esposa mui enojada conmigo i que me volvian la espalda al querer yo hablaros.

Fué un período de angustia e intranquilidad mui grande para mi espíritu, solo un trabajo abrumador como el que tuve, lograba arrancarme, por momentos estas tristes preocupaciones que embargaban todo mi ser.

Terminé i presuroso emprendí el viaje de regreso Al cruzar esos Andes majestuosos e imponentes, i ante el aspecto de sus nieves eternas, de sus enormes moles de granito cuya cúspide parecen hendir los cielos, se me semejó que eran almas que envueltas en albos sudarios, ascendian, a los réjion de lo infinito! ... i no se que doloroso presentimiento golpeó mi imajinacion que no pude menos de detener mi caballo en la cima misma de la Cordillera i por un instante abundantes lágrimas cegaron mis ojos i tribularon mi corazon.

Llegué al fin i lo demas lo sabeis i el resto lo dirá esta carta que acabo de recibir de mi ex-socio Julio.

El anciano en un instante la devoró con la vista i estrujéndolo entre sus crispados dedos, dijo temblando de cólera:

¡Qué hombre mas infame! que alma mas negra! Pero si este es un criminal empedernido que deberia estar en un presidio purgando sus delitos!

Pero yo me vengaré yendo a la cita i matándolo como se mata a un perro!

—Padre mio, contestó Gabriel con calma, el castigo inmediato me corresponde a mí, ya que es a mi a quien me llama; pero si despues del duelo crees oportuno llevadlo a los Tribunales de Justicia, para que juzgado como criminal que es.

Tengo resuelto batirme con él para castigarlo severamente i, si quedo con vida, en el instante me marcho al Sur a enrolarme en el ejército de la frontera.

I será allí, en medio de esas vírjenes selvas, teatro de las primeras pájinas de la historia guerrera de mi patria, en donde buscaré un lenitivo para mis dolores, si es que puede haberlo para tanto pesar.

Quiero la soledad i el silencio i no tendré por mucho tiempo otro compañero que los tristes recuerdos de un amor puro i santo i cegado en flor, que mi espada al servicio de la patria i este ramo de violetas que en otro tiempo di a vuestra infortunada hija, que me volvió en su postrera hora i que conservaré mientras viva.

Que el cielo te dé resignacion i conserve tu vida, hijo mio, respondió don Pablo, vertiendo un torrente de lágrimas.

VIII

Los primeros albores de la mañana encontraron a los dos adversarios i sus padrinos en uno de les sitios mas apartados de la quebrada del Peñon.

Los padrinos revisaron las armas; las cargaron con gran cuidado i procedieron a medir la distancia de veinte pasos que fue lo convenido, contra la voluntad de Gabriel que habia pedido solo diez pasos de distancia.

Echóse la suerte quien debia disparar i salió favorecido Julio.

Una vez frente a frente, los adversarios, pudo apicciarse perfectamente el estado de ánimo de cada cuál: Julio pálido i tembloroso apretaba convulsivamente la pistola i dirijia a Gabriel miradas que revelaban un odio profundo i una cólera que a pesar de sus esfuerzos por dominarse casi no podia contener; por su parte el amado de Aurora se mostraba sereno, tranquilo i en sus ojos se leia el valor i la entereza de alma de los corazones esforzados.

Gabriel tenia el aspecto del Juez i Julio el del acusado.

Los padrinos hicieron la señal convenida i Julio levantando la pistola a la altura de la vista con certera punteria hizo fuego. El sombrero de Gabriel voló por los aires atravesado por una bala, pero él permaneció tranquilo, sin inmutarse; i con una calma que tenia mucho del hielo del acero le dijo:

—Tengo, tu vida en mis manos porque jamás he errado un tiro a esta distancia; pero no os alarmeis porque he determinado no mataros, pues la justicia es la llamada a esterminar a los criminales. Os voi a marcar para que llevеis durante vuestra vida una señal que recuerde vuestro crimen.

I sin dar tiempo para que Julio contestara disparó su pistola, i dirijiéndose a sus padrinos les dijo, recojed a ese miserable.

Efectivamente, Julio herido en la cara con una mandíbula rota rodaba por tierra bañado en sangre.

El herido recojido en un coche fue trasladado a su domicilio; i Gabriel se ausentó inmediatamente de San Felipe.

IX

Algunos meses despues, Julio, enteramente sano de su herida, no pensaba mas que en vengarse, pero vengarse de una manera terrible.

Las palabras de Gabriel ántes de herirlo parecian haberse grabado con caractéres indelebles en su imajinacion, pues, amenudo cuando se encontraba solo las repetia con ira sorda i reconcentrada.

¡Marcado!....... como un criminal! i al decir así se pasaba la mano con furor por la mejilla derecha como queriendo borrar la profunda cicatriz que allí exhibia su rostro, ántes hermoso i ahora en estremo desfigurado.

Recojendo informaciones, supo que Gabriel era alférez de caballeria en uno de los rejimientos de guarnicion en la frontera.

Partió sin pérdida de tiempo al pueblo de Angol i allí tuvo la satisfaccion de divisar un dia a su odiado rival.

Tomando informaciones supo que era uno de los oficiales mas estimado por su conducta, intelijencia i valor. Su carácter sério pecaba a menudo de uraño, pues rehusa toda diversion i las horas de descanso las empleaba regularmente en largos paseos a caballo por los bosques vecinos. Se internaba en lo mas profundo de ellos, se desmontaba i dejando pasar libremente a su caballo, se sentaba en el tronco de algun roble i se entregaba a profundas meditaciones.

Julio que se impuso de todo esto, resolvió dar término a la empresa que traia entre manos.

Púsose de acuerdo con cuatro temibles bandidos de los que en abundancia pululaban en ese tiempo en la frontera i aguardó una ocasion favorable para dar remate a su plan siniestro.

Cierta tarde en que Gabriel siguiendo su costumbre avitual de internarse solo en el bosque para entregarse a sus meditaciones; se vió de improviso rodeado por cuatro individuos que armados de sable i puñal se arrojaron sobre él.

Gabriel de un salto puso resguardo a su espalda en un robusto roble i desenvainando su espada se apercibió a la defensa con la serenidad de un mártir i el valor de sus héroe.

Hábil en el manejo del sable paraba con rapidez maravillosa los golpes que se le dirijian i los devolvia con acierto, logrando deshacerse de uno de los adversarios hiriéndolo en el pecho.

Determinado a concluir pronto una lucha de la cual no podria salir con vida, pues así lo demostraba el furor de los adversario resolvió variar de táctica.

Redobló por un momento su ataque i describiendo un terrible semi-círculo dió un salto al lado derecho alejándose así de su adversario de la izquierda i se tiró a fondo sobre el enemigo mas inmediato. La espada le entró por el cuello i lo derribó muerto a sus pies.

Por mui vivo que fué este movimiento no alcanzó a cubrirse a tiempo con su espada i recibió una herida en el brazo izquierdo.

El dolor que esta le produjo pareció exasperarlo i arremetieron con inaudito esfuerzo sobre los bandidos los hizo retroceder algunos pasos. En este ataque por medio de un molinete terrible logró hacerle saltar el sable de la mano a uno de los bandidos i antes que pudiera tomarlo le puso el pié dejándolo así desarmado.

No quedaban mas que dos bandidos en pié, uno armado de sable i el otro únicamente puñal. Así que la victoria parecia decidirse en favor de nuestro héroe: pero no fué así por desgracia.

El bandido del sable conteniendo a duras penas el ataque de Gabriel hizo una seña de intelijencia a su compañero, al mismo tiempo que le dirijió algunas palabras en un lenguaje especial desconocido para Gabriel.

El bandido en el acto de oir la recomendacion de su compañero, se despojó de su blusa i la arrojó a la casa de Gabriel, mientras el otro miserable se tiraba al fondo.

La estratajema produjo el resultado esperado, pues Gabriel por deshacerse del trapo que arrojaron a la cara, descuidó la defensa i la estocada del bandido la recibió en el pecho.

El jóven soltó la espada i se desplomó agonizante.

Julio que hasta ese momento oculto detras de un árbol habia presenciado el combate, al ver caer a Gabriel. lanzó un grito de júbilo i salió de su escondite.

El moribundo lo reconoció en la voz i dirijiéndole una mirada terrible le dijo con voz entrecortada.

—Cobarde!... asesino! . maldito seas! ..... mi recuerdo será tu castigo... yo voi a reunirme con mi amada Aurora...

Al terminar estas palabras i con un esfuerzo supremo el moribundo se incorporó lijeramente i sacando de su pecho un objeto que por el momento no conocí, lo llevó a sus labios con cariño i se desplomó sin vida.

El objeto que con tan amoroso fervor habia besado Gabriel era un ramo de violetas disecadas.

X

Esta es mi historia o la de Aurora dijo mi amigo cerrando la ventana i encendiendo una luz; i ese Julio tan criminal i tan infame, es el amigo que tienes a tu vista.

Si bien es verdad que mis crímenes han quedado oculto i que el asesinato de Gabriel fué atribuido a los indios no es ménos cierto que desde esa fecha mi vida es un infierno i los mas atroces remordimientos torturan mi pecho.

Todos los años en el aniversario de la muerte de Aurora o de Gabriel sufro lo que has visto hace pocos momentos que los médicos califican de acceso de locura o delirio pero yo que veo en realidad la figura pálida de Gabriel, tal como estaba el dia terrible de su muerte i que se me acerca con su espada desnuda i que me coce a golpes tremendos, yo que siento que el filo helado del acero penetra en mis carnes i las desgarra, yo solo soi el que puedo calificar que lo que sufro no es un acceso de delirio sino que es el castigo que pesa sobre mis crímenes, es la maldicion de Gabriel que se cumple.

Miles de veces he estado a punto de saltarme los sesos de un balazo, pero tú sabes que tengo una madre i que soi su único amparo i yo cuyo corazon jamás supo lo que es un noble sentimiento, no puedo negar que adoro a esa pobre anciana, que dia a dia ruega por mi i que siempre tiene palabra de consuelo para mis desgracias. ¡Oh! amigo ya parto ahora, a la guerra no que vaya a defender mi patria, ignoro lo que es patriotismo, sino que voi por si en medio del fuego, de la sangre, de los ¡ayes! de los moribundos, de los gritos de coraje de los combatientes consigo ahogar la voz de mi

conciencia, ¿qué no habrá entre esos millares de balas una que traspase mi pecho? que no habia una bayoneta que me divida el corazón? En ese momento se sintió en la ventana un ruido particutar i estraño i algo así como una voz que decia:

—¡No la habrá!

—Si la babrá, gritó Julio temblando de cólera, si la habrá porque para morir me arrojaré a la boca de los cañones, al filo de los sables, si la habrá porque allí donde se cierna la muerte, allí estaré yo poniendo mi pecho i vociferando maldiciones, al fin me heriran i revolcándome en mi propia sangre lanzaré mi alma, si es que la tengo, en el espacio.

XI

Tal era el contenido de sus manuscrito que cayó en mis manos un dia que rejistrábamos el archivo de la biblioteca de un amigo que se cubrió de gloria en la campaña de 1879 contra el Perú i Bolivia.

San Felipe, febrero de 1886















